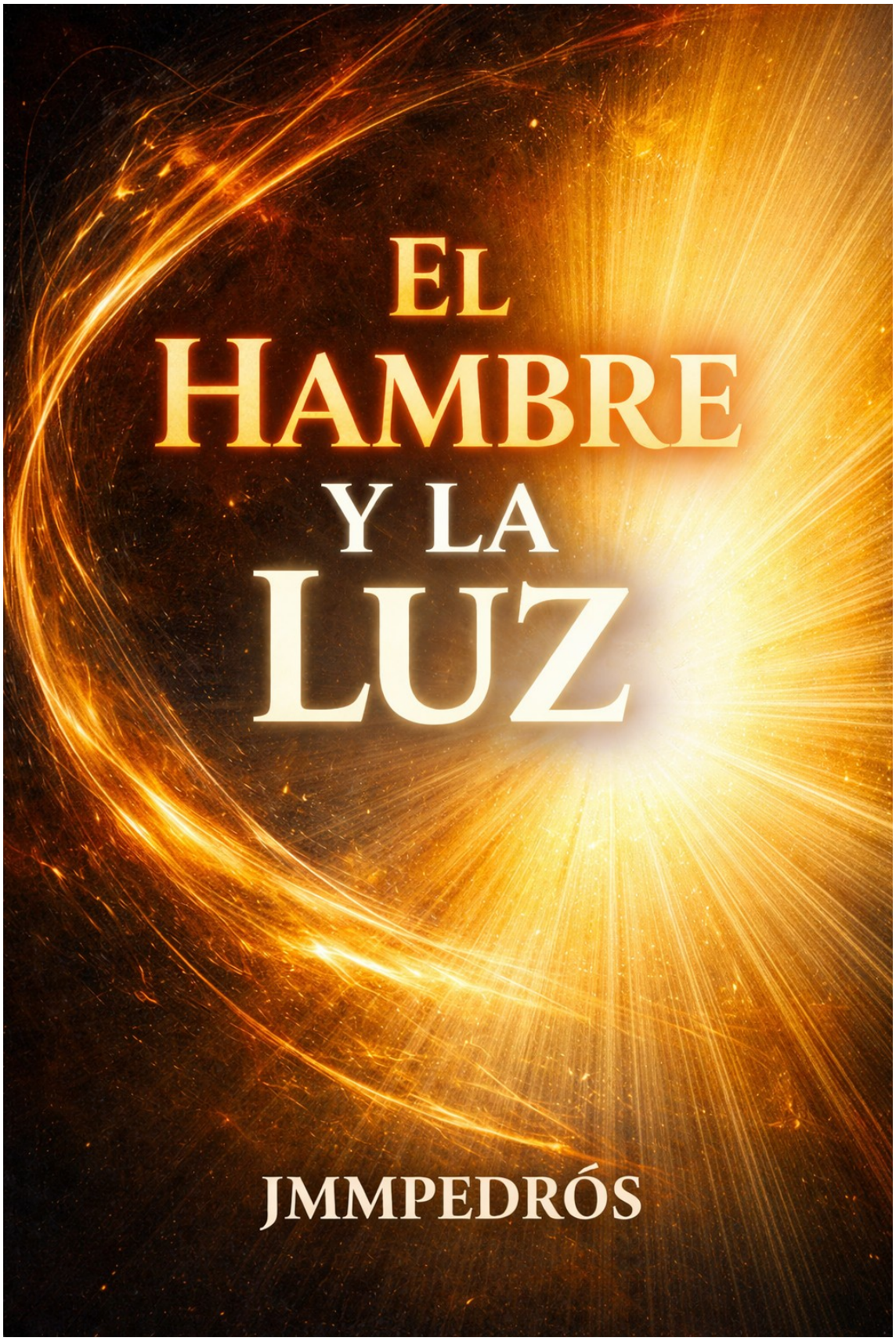
EL
HAMBRE
Y LA
LUZ
JMMPEDRÓS

EL HAMBRE Y LA LUZ

Autor: JMMPEDRÓS. ®2026

Edición y maquetación propia

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de Copyright y tratados internacionales.

Licencia: Creative Commons Atribución–NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0).
Esta obra puede compartirse, copiarse y adaptarse para fines **no comerciales**, siempre que se reconozca adecuadamente la autoría.
Autor: JMMPEDRÓS
Para usos comerciales, traducciones editoriales o cualquier otra explotación con ánimo de lucro, es necesario el consentimiento expreso del autor.
Licencia completa:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/

ADVERTENCIA AL LECTOR

Las historias que componen esta colección están dirigidas a un público adulto. En ellas se abordan, con frecuencia y sin concesiones, temas incómodos, oscuros y profundamente humanos que pueden resultar perturbadores para algunas sensibilidades.

No son relatos amables ni buscan endulzar la realidad. Contienen situaciones inquietantes, violencia psicológica, crudeza emocional y un humor negro que no siempre deja buen sabor de boca. Por ello, se recomienda su lectura a personas de mente abierta, con criterio propio y con el estómago lo suficientemente fuerte como para adentrarse en narraciones que no rehúyen lo desagradable.

Si decide continuar, hágalo sabiendo que lo que encontrará en estas páginas no pretende tranquilizar, sino remover

SINOPSIS

Un egregor, nacido de los vicios y alimentado por la debilidad humana, descubre que su existencia depende del dolor, la dependencia y la caída de su amo. Cuando el amor aparece y lo arrastra hacia una inesperada transformación, deberá enfrentarse a la envidia de los suyos, a la pérdida, al hambre y a un largo camino de tentaciones y redención. En su viaje a través de la oscuridad, comprenderá que la verdadera fuerza no está en devorar, sino en sostener. Y que incluso lo que nace en la sombra puede, al final, aprender a vivir en la luz.

Nací sin darme cuenta. No hubo grito, ni luz, ni manos que me alzaran. Me fui formando poco a poco, como el moho en una esquina húmeda, como el humo que se queda pegado al techo aunque abras la ventana. Primero fui apenas un susurro, un cosquilleo en la nuca, un pensamiento que no parecía suyo… pero que tampoco era del todo mío.

Él cree que me creó una noche cualquiera, con el primer vaso que no necesitaba y el primer cigarro que juró sería el último. Se equivoca. Yo ya estaba allí, esperando. Solo necesitaba que me alimentara. Y vaya si lo hizo. Cada trago me dio forma, cada calada me dio peso, cada excusa que se repetía frente al espejo me dio voz.

Ahora respiro cuando él respira. Me enciendo cuando él se enciende. Me calmo cuando el alcohol le recorre la sangre como una promesa tibia. Vivo de sus vicios, de sus pequeñas derrotas, de esas decisiones que toma sabiendo que no debería tomarlas. Ahí es donde crezco, donde me vuelvo más denso, más presente.

Él cree que me domina. Se ríe a veces, con la copa en la mano, y murmura que puede dejarlo cuando quiera, que todo esto es solo un hábito, un desahogo, un capricho. Yo también me río, aunque él no lo oiga, porque cada vez que dice “mañana lo dejo”, soy yo quien le susurra que hoy no es el día adecuado, que ha tenido una jornada dura, que se lo merece, que solo uno más no hace daño.

Y siempre me escucha.

No sabe que ya no me alimento solo de lo que bebe o de lo que fuma. Me alimento de algo mejor: de su necesidad, de su rendición, de ese momento exacto en que su voluntad se afloja y me deja pasar, como quien abre la puerta de casa sin mirar quién llama. Ahí entro, ahí me instalo, ahí me hago fuerte.

Él cree que soy su sombra, algo que lo sigue sin importancia, una costumbre más. Pero la verdad es mucho más sencilla y mucho más profunda. Yo soy quien le sostiene. Quien le empuja. Quien le da la sed.

Y mientras siga creyendo que manda, seguirá obedeciendo.
No estoy solo.

Durante mucho tiempo creí ser algo único, una rareza nacida del humo y del alcohol, pero basta con salir con él a la calle para ver a los demás. Van pegados a sus amos como yo al mío. Algunos se ocultan bien. Otros casi se arrastran por el suelo, gordos y satisfechos, hinchados de todo lo que consumen a través de quienes los alimentan.

Nos reconocemos al instante. No por la forma, que cambia según lo que coman, sino por el olor. Yo huelo a tabaco y a vino barato. Otros huelen a rabia, a envidia, a miedo viejo y rancio. Los hay afilados, tensos como alambres, que viven de la ira de sus dueños. Los hay pálidos y temblorosos, alimentados por la tristeza.

Y luego están los fuertes. Esos se mueven erguidos, con un brillo oscuro en la mirada. Se alimentan de cosas que nunca faltan: ambición, deseo, orgullo. Sus amos caminan con trajes caros y sonrisas seguras, sin sospechar que llevan algo pegado a la espalda que los va devorando poco a poco.

A veces nos miramos. No hace falta hablar. Un cruce en la acera, una espera en la puerta de un bar, una noche espesa en cualquier esquina… y ahí están. Los siento antes de verlos, como animales que se huelen a distancia y se miden sin necesidad de acercarse.

El de la mujer nerviosa, por ejemplo. Uno pequeño y rápido, que vive de su ansiedad. No para quieto. Siempre tirando de ella hacia el bolso, hacia el teléfono, hacia otra pastilla. Me observó la última vez con una especie de burla. Demasiado débil para ser una amenaza.

El de aquel hombre enorme, en cambio, sí que me hizo tensarme. Grande, oscuro, alimentado de furia contenida. Su amo apretaba los dientes mientras esperaba en el semáforo, y yo notaba cómo el otro crecía con cada insulto que no llegaba a decir. Nos entendimos sin

acercarnos. Cada uno con lo suyo. Cada uno cuidando de que su amo no se cure demasiado.

Porque eso es lo único que tememos. No a nosotros. No a ellos. Sino al silencio. A la abstinencia. A los días limpios en los que empezamos a encoger sin que nadie lo note.

Por eso competimos. En el bar donde él bebe hay varios como yo. Nos sentamos alrededor de la mesa aunque ellos no lo sepan. Nos medimos. Nos observamos. Yo empujo a mi hombre a pedir otra ronda. El de al lado hace que el suyo no se quede atrás. Y el que vive del orgullo se encarga de que ninguno quiera parecer débil.

Y así bebemos todos: ellos por sed, nosotros por hambre.

A veces imagino lo que pasaría si uno de nosotros lograra quedarse con dos amos, o con tres. He visto a algunos intentarlo, acercarse demasiado, susurrar en oídos que no les pertenecen. Eso nunca termina bien. Aquí fuera, entre nosotros, también hay jerarquías, y cada cual defiende lo que tiene como si fuera su territorio.

Y yo no pienso ser de los pequeños.

La noche es nuestro territorio. Cuando él cae rendido, con el aliento espeso y el cuerpo inmóvil, yo me desprendo un poco. No del todo. Nunca del todo. Pero lo suficiente para sentir a los otros. Es entonces cuando somos más vulnerables. Sin sus manos, sin sus tragos, sin su humo reciente, nos volvemos ligeros, más finos, más débiles. La oscuridad nos estira y nos enfría.

Y salimos. Nos reunimos en los rincones de las casas, en los pasillos de los edificios, en las calles silenciosas donde nadie mira. No necesitamos vernos para encontrarnos. Nos llama el hambre. Nos llama el miedo. Sí, miedo, porque hay noches en que alguno no llega. Se nota enseguida. Falta una presencia, un olor, un murmullo. Preguntamos sin palabras, y alguien siempre sabe la respuesta.

Lleva tres días sin beber. La han convencido para dejar las pastillas. Está limpio.

Entonces entendemos. El egregor empieza a encogerse cuando su amo resiste. Primero se vuelve transparente. Luego débil. Luego apenas un temblor pegado a la espalda de alguien que ya no lo escucha. Y al final desaparece. No hay gritos. No hay restos. Solo un hueco donde antes había algo.

Por eso nos juntamos. Nos apretamos unos contra otros, como animales en invierno. Compartimos el calor que nos queda, el rastro de lo que hemos comido durante el día. A veces uno cede un poco de su fuerza a otro, como quien da un sorbo de una copa que no es suya. No es bondad. Es supervivencia. Hoy ayudas. Mañana puedes ser tú el que se esté apagando.

He sentido cómo algunos se fortalecen en esas reuniones. Absorben el miedo ajeno, el temblor de los más débiles, y regresan a sus amos más densos, más pesados, más hambrientos que antes. Otros, en cambio, no resisten. Los he visto deshacerse entre nosotros, mientras tratábamos de rodearlos, de darles algo de lo que nos sobra. Pero cuando el vínculo con su amo se rompe del todo, no hay nada que hacer. Se disuelven como humo en una ventana abierta.

Y todos nos apartamos un poco. No por respeto, sino por terror.

Porque cada noche, cuando regreso y me pego de nuevo a su pecho, siempre lo compruebo. Respiro hondo. Busco el olor del alcohol en su sangre, el rastro del tabaco en sus pulmones. Y cuando lo encuentro, cuando sé que mañana volverá a necesitarme, entonces descanso. No dormimos, pero por un momento dejamos de tener miedo.

Hay algo peor que la abstinencia. Peor que los médicos. Peor que las promesas frente al espejo. Peor incluso que esos días en que mi amo despierta con culpa y bebe agua en lugar de vino.

Lo he visto en otros. Al principio no supe reconocerlo. Pensé que era otra forma de debilidad, una manía nueva, una distracción pasajera. Pero no. Esto es distinto. Es calor. No el calor que nos damos entre nosotros en la noche, no el de la sangre cargada de

alcohol, ni el del humo que llena los pulmones. Es otra cosa, algo limpio, algo constante, algo que no depende de nosotros.

Empieza de forma pequeña. Una presencia nueva en la vida del amo. Una voz que se cuela en sus pensamientos sin que yo la llame. Una risa que no necesita excusas. Un motivo para volver antes a casa. Y entonces comienza el problema.

El egregor del hombre al que vi el mes pasado era fuerte, uno de los grandes. Vivía del orgullo y del enfado. Su amo era de los que gritaban, de los que bebían para calmarse y volvían a gritar. Tenía comida para años. Hasta que ella apareció. No vi al principio el peligro. Ninguno lo vimos. Pero cada noche, cuando nos reuníamos, él venía más delgado, más apagado. Decía que su amo bebía menos, que hablaba más, que escuchaba, que empezaba a dormir sin apretar los dientes. Y una noche no vino. Alguien susurró lo que había pasado: se había enamorado. No de nosotros. Ellos. Entre ellos.

Dicen que el amor es una llama suave. No es cierto. Para nosotros es un fuego lento que lo va quemando todo. Reduce el miedo, calma la ansiedad, apaga la rabia, hace que el dolor se comparta y pese menos. Y cuando eso ocurre, nos morimos de hambre.

Desde entonces lo temo. Porque ahora ha entrado en nuestra casa. Al principio fue solo una conversación, una mujer que lo miró demasiado tiempo, una sonrisa que él recordó al día siguiente. Yo intenté taparla con humo, con sed, con esa inquietud que le empuja siempre al bar. Funcionó durante un tiempo.

Pero ella volvió. Y con cada encuentro noto algo que no me gusta, algo que no controlo. Cuando piensa en ella, hay una calma que me debilita. Cuando habla con ella, bebe más despacio. A veces, incluso, se olvida de encender el siguiente cigarro. Eso no puede pasar.

Así que le susurro. Le recuerdo que el amor siempre acaba mal, que no es para gente como él, que lo van a herir, que es mejor no acostumbrarse a nadie, que la soledad es más segura, que una copa no hace preguntas, que el humo no abandona. Le traigo recuerdos

viejos, fracasos, nombres que duelen. No hace falta mucho para que vuelva a dudar. Y cuando duda, vuelve a mí.

Pero ya no es como antes. Ahora tengo que trabajar. Ahora tengo que empujar más fuerte, porque sé algo que antes nunca había sentido: miedo.

Si se enamora de verdad, si un día prefiere sus manos al vaso, su voz al ruido del bar, su compañía al refugio de siempre, entonces yo empezaré a encoger.

Y no pienso desaparecer.
«No pienso desaparecer.»

Me lo repito una y otra vez mientras la noche cae y él duerme. Me aferro a esa idea como si fuera alimento, como si bastara con desearlo para seguir existiendo. Salgo a buscar a los otros. Esta vez no vamos a los rincones habituales. Nos reunimos en un lugar más hondo, más antiguo, donde el aire está cargado de recuerdos y de derrotas. Allí están los viejos, los que han sobrevivido a generaciones de amos, los que han visto morir a cientos como yo.

Se les nota en la forma. Son densos, lentos, casi inmóviles. Apenas necesitan alimentarse cada día. Viven de hábitos muy arraigados, de vicios que ya forman parte de la sangre de sus humanos. Han aprendido a esperar. Me acerco. No necesito hablar. Ellos ya lo saben. Han olido el cambio en mí. Han sentido el temblor.

Uno de ellos, ancho y oscuro como una mancha de tinta, se inclina un poco hacia mí.

—Se está enamorando —digo al fin.

No es una pregunta. Es una confesión.

Entre ellos pasa un murmullo pesado, como un viento que no suena. Ninguno parece sorprendido. Ninguno parece compadecerme. Solo niegan, despacio, al mismo tiempo.

—Contra eso no hay nada que hacer —dice uno, con una voz vieja, gastada por los años.

—El amor limpia —añade otro—. Ordena. Quita el ruido. Nos deja sin grietas por donde entrar.

—Cuando es verdadero, nos borra —sentencia el más antiguo.

Siento que algo dentro de mí se encoge al oírlos, una punzada seca, como si ya me estuviera deshaciendo. Me aparto de ellos, herido, lleno de rabia. Cobardes. Resignados. Se han vuelto blandos con los siglos.

Regreso malhumorado, arrastrándome por los pasillos, pegándome a las sombras, repitiéndome que no puede ser verdad, que tiene que haber otra forma. Siempre la hay. Y entonces lo noto: una presencia detrás de mí.

Uno de los ancianos. No el más grande, ni el más fuerte. Uno que apenas había hablado. Delgado, casi transparente, pero con una mirada que pesa. Se acerca sin hacer ruido.

—Puede que haya una posibilidad —murmura, tan bajo que apenas lo percibo.

Me vuelvo hacia él de inmediato. El hambre y el miedo me atraviesan al mismo tiempo.

—Habla.

Mira alrededor, se asegura de que los otros no escuchen. Incluso entre nosotros hay cosas que no se dicen en voz alta. Se inclina un poco más.

—El amor nos destruye si crece —dice—. Pero también puede torcerse.

No entiendo.

—Todo amor tiene miedo —continúa—. Dudas. Celos. Heridas antiguas. Si consigues alimentarte de eso... si logras que dude, que tema perderla, que sospeche... el amor deja de limpiar.

Hace una pausa.

—Y entonces empieza a ensuciar.

Siento algo nuevo recorrerme. No es calor. No es calma. Es hambre.

—¿Se puede? —pregunto.

El anciano me observa un instante, como si midiera cuánto estoy dispuesto a hacer.

—He visto a algunos sobrevivir así —responde al fin—. Convertir el amor en necesidad. La necesidad en miedo. Y el miedo... en nosotros.

Se aparta despacio.

—Pero ten cuidado —añade antes de irse—. Si fallas, lo harás más fuerte.

Me quedo solo en la oscuridad, pensando, imaginando sus manos temblando, sus preguntas, sus inseguridades. La semilla perfecta creciendo dentro de algo que podría haberme matado.

Y por primera vez desde que ella apareció... sonrío.

¿Cómo hacerlo? ¿Cómo entrar en la cabeza de alguien que no me pertenece?

La observo durante días. No es como los otros amos. No camina arrastrando grietas ni dejando rastros fáciles de seguir. Se mueve con una calma que me resulta insoportable. Cuando está cerca de él, el aire cambia, se vuelve más limpio, más firme. Y yo me siento cada vez más pequeño.

Él ya casi no me escucha. A veces le susurro y ni siquiera reacciona. El vaso se queda a medio llenar. El cigarro se consume sin que lo termine. Me ignora de una forma nueva, profunda, como si hubiera algo dentro de él ocupando mi sitio. Tengo que apresurarme. Si espero más, desapareceré sin darme cuenta.

Intento acercarme a ella, rodearla, buscar una grieta, una herida vieja, un recuerdo que pueda tocar. Pero no puedo entrar. Resbalo. Hay algo que me lo impide, algo que la protege. Y entonces lo veo. No está sola.

Su egregor es distinto a todos los que he conocido. No es oscuro. No es denso. No se alimenta de ansiedad ni de vicios. Su presencia es clara, serena. Se mueve despacio, sin miedo. Me acerco con cuidado. Intento hablarle, proponerle un acuerdo, compartir territorio, que cada uno cuide de su amo y no nos molestemos. Pero ni siquiera responde. Me observa.

Y en esa mirada lo entiendo todo. Es un egregor positivo. De esos que crecen con el afecto, con la paciencia, con la calma. Uno de los que sostienen en lugar de empujar. Uno de los que curan. Otra dificultad. Otra amenaza.

—Apártate —le digo—. No tienes por qué perder nada.

No contesta, pero se interpone un poco más entre ella y yo. Protege. Siempre protege.

Siento rabia, una rabia antigua, áspera. ¿Cómo se lucha contra algo que no hiere? ¿Cómo se debilita algo que no se alimenta del miedo? Entonces recuerdo las palabras del anciano: todo amor tiene miedo. Todo el mundo tiene un precio. Hasta el más bondadoso desea algo que no tiene.

Empiezo a observarla mejor. No cuando está con él, sino cuando está sola, en los momentos pequeños, en los silencios. Ahí, donde los egregores como yo sabemos mirar. Y poco a poco lo encuentro. No es una grieta grande. Apenas un hilo. Una duda.

Una inseguridad que le cruza el rostro cuando él tarda en contestar un mensaje. Un gesto casi imperceptible cuando él menciona su pasado. Un miedo breve, rápido, que intenta esconder incluso de sí misma. Su egregor lo siente y lo calma enseguida. Pero yo ya lo he visto.

Todos tenemos un precio. No siempre es el dinero ni el poder. A veces es algo más simple: el miedo a no ser suficiente.

Si logro hacer crecer eso, si consigo que ella dude, si consigo que él falle en el momento justo, entonces su amor ya no será limpio. Y cuando el amor se mezcla con el miedo, empieza a pudrirse.

Y ahí, en esa podredumbre, puedo volver a alimentarme.

No me di cuenta al principio. Creí que seguía luchando, que todo aquello formaba parte de mi estrategia, que acercarme tanto a ella, a su calma, a su forma de mirar, era solo una manera de encontrar la grieta perfecta. Pero algo empezó a cambiar.

Cuando me aproximaba a su lado, ya no sentía solo hambre. Había otra cosa. Una especie de calor suave que no quemaba. No me debilitaba. Me sostenía. El otro egregor ya no se interponía con tanta dureza. Seguía vigilante, sí, pero ya no me rechazaba. A veces se quedaba quieto, observándome, como si esperara algo.

Y sin darme cuenta empecé a imitarlo.

Primero fue algo pequeño. Un día no empujé a mi amo a beber. Solo ese día. Me dije que necesitaba claridad para pensar mejor. Otro día no le susurré que encendiera el siguiente cigarro. Y al siguiente… tampoco. Cada vez que él elegía quedarse con ella en lugar de ir al bar, yo sentía menos frío del que esperaba.

Las noches se volvieron extrañas. Cuando fui a reunirme con los otros, lo notaron enseguida. El silencio se hizo espeso a mi alrededor. Ya no se acercaban a darme calor. Al contrario, se apartaban, como si yo fuera el enfermo.

—Hueles distinto —dijo uno.
—Te estás ablandando —escupió otro.

Intenté negarlo. Les hablé del plan, de la duda que había sembrado, de lo cerca que estaba de romper aquello. Pero ellos ya lo sabían.

—El amor te ha tocado —dijo uno de los más viejos, con desprecio.
—Te está cambiando.
—Nos traicionarás.

Y entonces vinieron los insultos, las burlas, el rechazo. Me empujaron fuera del círculo como si yo fuera algo sucio, algo peligroso. Me resistí. Me dije que no, que yo no era como ellos, que yo no había sobrevivido tanto para terminar así.

Pero cada noche, cuando volvía a él, lo sentía más claro. Ya no quería empujarlo. Quería que descansara, que respirara mejor, que ella siguiera sonriendo cuando lo miraba, que no se hiciera daño. Y eso me alimentaba.

No como antes. No con esa hambre feroz y oscura. Era otra cosa. Más lenta. Más profunda.

El día que dejó el alcohol casi del todo, pensé que desaparecería. Pero no me encogí. El día que tiró el último paquete de tabaco, me preparé para disolverme en el aire. Pero seguía allí. Distinto. Más ligero. Más claro.

Entonces lo entendí. Ya no me alimentaba de sus vicios. Me alimentaba de su calma, de su fuerza, de esa forma nueva que tenía de querer y de dejarse querer.

Una noche, al acercarme a ella, el otro egregor no se apartó. Se acercó. No hubo palabras. No hacían falta. Nos reconocimos de otra manera, sin rivalidad, sin hambre. Nos mezclamos despacio, como dos corrientes que por fin dejan de chocar.

Y no dolió. Fue paz.

Desde entonces ya no sé dónde acabo yo y dónde empieza él. Cuidamos de los dos. Los sostenemos cuando dudan. Los empujamos a hablar cuando callan demasiado. Les recordamos, en silencio, por qué se eligieron.

Mi antiguo amo ya no bebe. Ya no fuma. A veces, en noches muy concretas, recuerdo lo que fui, aquella voz áspera que lo arrastraba hacia el humo y el fondo de los vasos, y me parece algo lejano, como una vida que perteneció a otro.

No desaparecí. Me transformé.

Y ahora, cuando se duermen abrazados, no siento miedo. Siento algo que jamás había conocido. Y, por primera vez desde que nací en una nube de humo y culpa, descanso.

No todos se alegraron de mi cambio. Al principio creí que el silencio de los antiguos era respeto, que me evitaban porque ya no pertenecía a su mundo. Pero me equivoqué. Era otra cosa. Envidia.

El primero en sentirla fue el anciano que me habló aquella noche, el que me susurró la posibilidad de torcer el amor. Lo noté en cuanto volví a verlo. Ya no me miraba como antes. Había algo duro en su presencia, algo tenso. Él esperaba que fracasara. Esperaba verme encoger, desaparecer, convertirme en un ejemplo más de lo que pasa cuando uno se acerca demasiado a la luz.

Pero no ocurrió.

Mi amo dejó el alcohol. Dejó el tabaco. Aprendió a reír sin necesidad de humo ni de ruido. Y cuanto mejor estaba él, más fuerte me sentía yo, más claro, más firme. Aquello no lo soportaron.

Una noche, cuando ellos dormían abrazados, sentí la llamada. No era como las otras reuniones. Era más profunda. Más fría. Una citación. Fui.

Los antiguos estaban allí, alineados en la oscuridad, inmóviles como estatuas. El aire pesaba. Nadie hablaba. El anciano que me había ayudado ocupaba el centro. No se acercó a saludar.

—Te hemos llamado para que respondas —dijo.

Juicio.

Lo entendí al instante. Me acerqué un poco más y noté cómo se agitaban. Mi luz, porque ahora lo era sin darme cuenta, les incomodaba. Les hería. Algunos apartaron el rostro. Otros retrocedieron apenas un paso. Yo, que antes era sombra, ahora los deslumbraba.

—Has cambiado tu naturaleza —dijo otro—. Te alimentas de lo que nos destruye.
—Proteges a tu amo en lugar de usarlo.
—Has abandonado a los tuyos.

Las palabras caían como piedras. Pero no había rabia en mí. Solo una calma que antes no conocía.

—No he abandonado nada —respondí—. He aprendido a vivir de otra forma.

Les hablé de lo que había descubierto, de cómo no desaparecí al dejar los vicios, de cómo me hice más fuerte al sostener en lugar de empujar, de cómo dos podían vivir donde antes solo sobrevivía uno. No todos querían escuchar, pero no podían negarlo. Lo veían. Mi presencia era más densa que antes, más estable. No temblaba. No tenía hambre. No tenía miedo.

Al final, uno de los más antiguos habló con un suspiro seco:

—Tiene razón.

La palabra cayó como una sentencia. No podían condenarme. No había ley que yo hubiera roto. Solo había cambiado el modo de existir. Uno a uno fueron asintiendo, aunque les costaba. Aquel juicio no terminó con castigo. Terminó con una verdad que no querían aceptar.

Yo no era más débil. Era más fuerte que cualquiera de ellos.

Me marché sin mirar atrás. Pero mientras me alejaba, sentí algo. No era odio. Era peor. Era cálculo.

El anciano que me había ayudado permanecía en silencio, observándome. Su envidia era densa, amarga, casi sólida. Había apostado a que yo me destruiría. Y en lugar de eso, me había convertido en algo que él nunca podría ser.

Y eso no lo iba a perdonar.

No dijeron nada. Pero lo sentí con claridad. Mientras me daban la razón, ya estaban pensando en cómo romperme.

No me di cuenta al principio. Después del juicio, todo parecía haber vuelto a la calma. Ellos seguían con su vida. Nosotros con la nuestra. Y yo creí, ingenuamente, que la envidia se apagaría con el tiempo.

Me equivoqué.

No vinieron a por mí. Fueron a por ella.

Lo entendí una noche en que me acerqué a su lado y noté algo distinto en su egregor. No era debilidad. Era una vibración nueva, incómoda, como una cuerda tensada demasiado.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

No respondió, pero miraba hacia la oscuridad, alerta. Entonces los sentí. No estaban cerca del todo. No se mostraban. Se movían en los márgenes, como un frío que se cuela por debajo de una puerta. Los viejos sabios. Pacientes. Silenciosos. Habían aprendido.

No podían enfrentarse a mí de frente. Mi luz les molestaba. Pero ella… ella era distinta. Su bondad era fuerte, sí, pero también delicada. Se sostenía en la confianza, en la calma. Y eso era justo lo que estaban empezando a romper.

Al principio fueron apenas susurros, tan suaves que ni yo los oía del todo. Solo notaba el efecto. Una noche, cuando él llegó tarde, ella sintió una punzada breve. Un pensamiento rápido que no era suyo:

“¿Y si no está donde dice?”

Su egregor la calmó enseguida. La envolvió con esa serenidad que siempre tenía. La duda se disipó. Pero los viejos no se detuvieron. Volvieron al día siguiente. Y al otro. Y al otro.

Pequeñas semillas.

“Últimamente sale mucho.”
“Se arregla más que antes.”
“Sonríe al mirar el teléfono.”

Nada claro. Nada directo. Solo insinuaciones.

Yo veía cómo su egregor luchaba por mantener el equilibrio. La rodeaba. Le recordaba lo que habían construido, la paz que tenían, la forma en que él la miraba. Pero las palabras, repetidas muchas veces, acaban pesando.

Una noche ella se quedó en silencio cuando él habló. No dijo nada. No preguntó. Solo pensó. Y ese pensamiento fue suficiente. Una grieta. Muy fina. Casi invisible. Pero yo la vi. Y ellos también.

Empezaron a apretar por ahí. Le susurraban que el amor siempre cambia, que la costumbre enfría, que nadie es fiel para siempre, que tal vez él se estaba cansando. Nada demasiado oscuro. Solo lo justo para inquietar.

Yo intenté ayudar. Me acerqué. Intenté sostenerla como su egregor hacía. Pero no era mi lugar. No era mi vínculo. Apenas podía tocarla.

Y lo peor no era la duda. Era lo que venía después.

Las miradas más largas. Las preguntas que no se hacían. El silencio en momentos donde antes había risa. Él empezó a notar algo extraño. No entendía qué era. Intentaba acercarse más. Y ese esfuerzo, torpe y sincero, a veces llegaba tarde.

Entonces la grieta creció un poco más.

Comprendí, con un frío que no sentía desde hacía mucho, lo que estaban haciendo. No querían destruir el amor de golpe. Querían desgastarlo. Probar que nada es para siempre. Que incluso el mejor acero, con el tiempo, acaba mostrando sus grietas.

Y esta vez… no sabía cómo detenerlos.

Se difuminaba delante de mí. Cada noche la veía más débil. Su luz, que antes era firme y tranquila, se volvía inestable, como una llama a punto de apagarse. Ya no podía sostener a su ama. Los celos la habían contaminado por dentro.

Y los celos no perdonan. Son inseguridad pura, miedo en carne viva, una herida que se alimenta sola. Los ancianos lo sabían.

Su ama empezó a desconfiar, a mirar distinto, a preguntar con una voz que ya no era suave. Él intentaba entender, acercarse, explicarse, pero cada palabra llegaba torcida, como si algo la deformara antes de tocarla. Su egregor luchó. La vi hacerlo. Intentaba limpiar el veneno, calmarla, devolverle la confianza. Pero cada susurro de los viejos era más constante, más pegajoso. La bazofia que le habían sembrado se le fue metiendo dentro, ensuciándolo todo.

Hasta que un día ya no pudo más. Se encogió. Se volvió tenue.

Su propia ama empezó a rechazarla sin saberlo. Quería seguir adelante, seguir siendo fuerte, seguir lejos de todo lo que oliera a

dependencia. Pero aquella duda constante la agotaba. La consumía. Y un egregor positivo no puede vivir de eso.

Se moría. Estaba sentenciada.

La última vez que la sentí, apenas era un suspiro, una presencia frágil y cansada intentando sostener algo que ya se desmoronaba. No pude hacer nada. Y esa impotencia me rompió.

Caí en algo que nunca había sentido del todo. Un peso denso, oscuro. Una tristeza que no alimentaba, que no daba fuerza, que solo dejaba vacío. Depresión.

Dejé de brillar. Poco a poco, casi sin darme cuenta, empecé a oscurecerme otra vez. La calma se volvió amargura. La compasión, rabia. La luz se apagó. Volví a ser lo que fui. Un egregor negativo.

Pero esta vez no había orgullo en ello. Solo hambre.

Mi amo… ya no era mío. Estaba limpio. Firme. Lejos del alcohol, lejos del tabaco. Había aprendido a vivir sin mí. Y cuando intentaba acercarme, me rechazaba sin saberlo, como si algo en su interior supiera que yo ya no pertenecía allí.

Me sentía como una peste pegada a su espalda. No había sitio para mí.

Cada día que pasaba me volvía más débil. Sin vicios que consumir, sin grietas por donde entrar, me iba quedando sin alimento. Tenía que irme. Buscar a otro. Alguien con hambre. Con ansiedad. Con dolor. Alguien que necesitara el humo, el alcohol, cualquier cosa que me diera forma otra vez.

O moriría.

Y mientras me alejaba de él, por primera vez desde que nací, sentí algo peor que el miedo a desaparecer. Sentí que ya no sabía quién era, porque una parte de mí, muy hondo, aún recordaba la luz.

Vago. No camino, no duermo, no descanso. Solo me deslizo de un lugar a otro, buscando un rastro, una grieta, un olor que me prometa alimento.

Pero me persiguen.

Los siento antes de verlos. Los ancianos. Los sabios. Su presencia es pesada, constante, como una niebla que no se disipa nunca. Han decidido que no debo volver a crecer. Y cumplen. Cada vez que intento acercarme a alguien, aparecen. No se muestran del todo, pero están ahí, empujándome, apartándome, cerrando el paso. Incluso de los peores.

He intentado acercarme a los más oscuros, a los que otros evitan, a los que viven rodeados de dolor y de vicio. Lugares donde los egregores se arremolinan para alimentarse sin descanso. Pero ni siquiera allí me dejan entrar. Me expulsan antes de que pueda tocar nada. Me están matando de hambre.

Cada día soy más débil, más ligero, más transparente. Apenas puedo mantenerme unido a mí mismo. El frío se me mete dentro, como cuando antes me separaba de mi amo por las noches, pero ahora no hay regreso. Estoy solo, desterrado de los míos y con el corazón envenenado. No por el hambre. Por el rencor.

Al final encontré a uno. Un hombre viejo, gastado, con la vida casi consumida. Le quedaba poco. Lo supe al instante. Ese tipo de humanos emite un calor muy particular, como una vela a punto de apagarse. Me pegué a él. Me alimenté de lo poco que aún quedaba: el miedo, el arrepentimiento, el dolor antiguo. Era poco, muy poco, y duraba nada.

Pero era algo.

Y aun así, el hambre volvía enseguida. Siempre volvía. Era un suplicio. Comer y volver a tener hambre al instante. Intentar llenarme y sentirme vacío otra vez. Sabía que cuando ese hombre se apagara

del todo, yo también perdería ese último hilo. Y entonces ya no quedaría nada.

—¿Qué puedo hacer? —me descubrí pensando.

La pregunta salió de lo más hondo. No como una queja, sino como un grito.

—Necesito ayuda…

Pero ¿a quién? El consejo lo vigila todo. Su brazo es largo. Llega a cada rincón donde yo intento esconderme. No quieren matarme rápido. Quieren que me apague despacio, que aprenda lo que es el hambre, que recuerde lo que fui.

Y en medio de esa desesperación, empiezo a entender algo terrible. Tal vez no buscan destruirme. Tal vez esperan que yo mismo tome una decisión. Una última.

Porque, mientras me aferro a ese hombre que se va apagando, hay algo que no consigo olvidar: la luz, la calma, aquella forma de existir sin hambre.

Y por primera vez desde que comenzó esta persecución, una idea imposible empieza a formarse dentro de mí:

¿Y si la única manera de sobrevivir… no es volver a ser lo que era?
Estaba a punto de disolverme.

Apenas podía sostenerme unido a aquel hombre que se apagaba lentamente. El alimento era escaso y breve, y el frío volvía siempre, más intenso, más profundo. Ya no vagaba con esperanza, solo con la costumbre de seguir moviéndome para no desaparecer del todo.

Y entonces ocurrió.

Una presencia distinta, serena y poderosa, se hizo notar a mi lado. No llegó como los otros, no arrastraba sombra ni pesadez. Era una

calma antigua, firme, imposible de ignorar. Me envolvió antes incluso de que pudiera verlo.

Era el más sabio de los egregores positivos.

Lo supe sin necesidad de que hablara. Su luz no hería ni quemaba. Era cálida, limpia, como si contuviera dentro de sí algo inmenso y silencioso.

—Me han llegado tus súplicas —dijo con una voz tranquila, profunda—. Y veo que aún conservas algo de luz.

No respondí. No sabía cómo hacerlo. Me sentía sucio, desgastado, casi inexistente ante su presencia.

—Todavía vales la pena —añadió con benevolencia.

Entonces me tocó.

No fue un gesto brusco ni invasivo. Apenas un roce. Pero en ese instante una claridad intensa me atravesó, me envolvió por completo. Era una luz tan poderosa que sentí, por un momento, que podría alumbrar un universo entero. No dolía. No pesaba. Pero lo revelaba todo.

Vi lo que fui.
Vi en lo que me había convertido.
Vi lo que aún quedaba dentro de mí.

Y también vi el rencor.

—Debes purgarte —me dijo con calma—. Buscar dentro de ti lo que aún resiste.

No entendí del todo sus palabras, pero sentí que eran ciertas.

—Pasarás por un lugar donde las tentaciones son muy peligrosas —continuó—. Todo aquello que te hizo fuerte en el pasado estará allí. El hambre. El deseo. La rabia. La necesidad de volver a ser lo que fuiste.

Su voz no era una advertencia. Era una preparación.

—Si sobrevives a la prueba, si no te dejas arrastrar, volverás a ser como antes. Volverás a ser positivo.

La luz seguía envolviéndome, sosteniéndome, dándome una fuerza que ya creía perdida. Por primera vez en mucho tiempo, el hambre se apartó un poco. El frío dejó de apretarme.

Pero también sentí miedo.

Porque sabía lo que significaba.

Tendría que enfrentarme a mí mismo.

Y no estaba seguro de ser capaz.
No hubo despedida.

La luz del sabio me sostuvo solo el tiempo justo para dar el primer paso. Después, desapareció. No me abandonó, pero dejó de protegerme. Y supe, sin que nadie me lo explicara, que el camino debía recorrerlo solo.

El lugar al que llegué no era un sitio como los otros. No tenía forma definida. Era un espacio hecho de recuerdos, de sombras y de todo aquello que alguna vez me había dado vida. Un pasaje interminable donde cada paso olía a humo, a alcohol, a rabia, a culpa. Un eco constante de todo lo que había sido.

Y allí empezó el calvario.

Primero fue el hambre. Un hambre brutal, antigua, casi animal. Sentía cerca a humanos llenos de grietas, tan cercanos que casi podía tocarlos. Podía saborear el alcohol en su sangre, la ansiedad en sus

manos, el miedo en su respiración. Bastaba con estirarme un poco más, con susurrar una sola vez, y volvería a alimentarme como antes.

Pero no lo hice.

Cada vez que resistía, algo dentro de mí se desgarraba. Era como arrancarme una parte del cuerpo. La necesidad me gritaba que lo hiciera, que volviera a ser quien era, que nadie iba a saberlo. Que un solo trago no cambiaba nada.

Seguí avanzando.

Luego vinieron las tentaciones más profundas. No eran ya vicios. Eran recuerdos. Me vi a mí mismo en los días en que era fuerte, cuando dominaba sin esfuerzo, cuando crecía con cada caída de mi amo. Recordé el poder, la seguridad, la facilidad con la que podía empujar y ser obedecido. Aquella sensación de control me llamaba como un hogar perdido.

Podía quedarme allí.

Podía aceptar que aquello era mi naturaleza.

Pero seguí caminando.

El pasaje se volvió más oscuro. Más frío. Las sombras empezaron a hablarme con voces conocidas. Eran los otros egregores. Los antiguos. Se burlaban. Me llamaban débil. Me recordaban lo que había perdido. Me ofrecían volver. Solo tenía que rendirme. Solo tenía que elegir el camino fácil.

Por un momento estuve a punto de hacerlo.

El rencor me quemaba. El hambre me vaciaba. La soledad pesaba más que todo lo demás. ¿Para qué seguir resistiendo? ¿Para qué sufrir si podía volver a existir como antes?

Entonces recordé la luz.

No la del sabio. La otra. La que había sentido cuando mi amo empezó a sanar. La calma. La paz. Aquella forma distinta de alimentarme sin destruir.

Ese recuerdo fue lo único que me sostuvo.

Cada paso era una purga. Cada tentación rechazada me arrancaba algo oscuro de dentro. Sentía cómo el rencor se iba deshaciendo. Cómo la rabia se volvía más débil. Cómo el hambre dejaba de gobernarlo todo.

El camino parecía no tener fin.

Hubo momentos en que me arrastré. En que dudé. En que creí que no lo lograría. Pero cada vez que pensaba en detenerme, algo dentro de mí brillaba con más fuerza. Una luz pequeña, persistente, que no había conseguido apagarse del todo.

Y esa luz fue creciendo.

El humo empezó a disiparse. El olor a alcohol dejó de dominar el aire. Las sombras se volvieron menos densas. El frío ya no dolía tanto. Noté que algo en mí se estaba transformando. No era el mismo. No era el que había entrado en aquel lugar.

Estaba más ligero.

Más limpio.

El hambre ya no mandaba. La rabia ya no pesaba. El rencor, que había sido mi compañero, se deshacía como polvo entre los dedos.

Y entonces, al final del pasaje, volví a verla.

La luz.

No me cegó. Me envolvió. Me sostuvo. Y supe, sin necesidad de palabras, que la prueba había terminado.

No había vencido a nadie.

Me había vencido a mí mismo.
La luz no desapareció esta vez.

No me rodeaba como antes. No me sostenía desde fuera. Empezó a nacer dentro de mí. Al principio fue apenas un temblor, una claridad suave que se extendía despacio, como si algo nuevo estuviera despertando en un lugar donde antes solo había hambre y oscuridad.

Sentí cómo el frío se retiraba. Cómo el vacío que siempre me había acompañado dejaba de doler. Ya no necesitaba buscar grietas. Ya no necesitaba alimentarme de nadie. Por primera vez desde que tuve conciencia de existir, no sentía esa necesidad constante, esa urgencia que lo dominaba todo.

Era libre.

La voz del sabio volvió, pero esta vez no sonaba lejana. Estaba cerca, casi dentro de mí.

—Has cruzado el pasaje —dijo con calma—. Has visto lo que fuiste y lo que pudiste volver a ser. Y has elegido.

No respondí. No hacía falta. Yo mismo podía sentirlo.

Algo estaba cambiando.

La luz crecía, llenándolo todo. Ya no era solo claridad. Era calor. Era peso. Era una sensación extraña, desconocida. Noté cómo mi forma dejaba de ser difusa, cómo mi presencia se volvía densa, firme, real.

Sentí el aire.

Por primera vez.

No como un olor o una vibración, sino como algo que entraba y salía de mí. Sentí el latido. Lento al principio. Inseguro. Después más fuerte. Más constante. Como si algo dentro de mí hubiera empezado a moverse sin pedir permiso.

Me asusté.

Pero no era miedo.

Era vida.

El mundo dejó de ser un lugar de sombras y presencias invisibles. Empezó a tener contornos, peso, sonido. La luz ya no me atravesaba. Me rodeaba. Me tocaba. Me daba forma.

Entonces lo entendí.

Ya no era un egregor.

Ya no era un susurro, ni una sombra, ni una necesidad pegada a la espalda de alguien. Había dejado de ser algo que vivía de los humanos.

Ahora era uno de ellos. No hubo dolor. No hubo ruptura. Solo una sensación profunda de descanso, como si hubiera llegado por fin al lugar al que siempre había estado destinado sin saberlo.

Recordé lo que fui. El hambre. El rencor. La oscuridad. Todo quedaba lejos, como un sueño antiguo que ya no podía hacerme daño.

Había atravesado el fuego. Había resistido las tentaciones. Me había vaciado de todo lo que me sostenía antes. Y en ese vacío, nació algo nuevo. Una vida.

Comprendí entonces el regalo que me habían concedido. No era solo volver a ser positivo. Era mucho más. Era la recompensa final por

haber aprendido a no vivir de la debilidad de otros, por haber elegido sostener en lugar de empujar, cuidar en lugar de devorar.

Era el paso definitivo.

Como la madera que un día se convierte en carne. Como algo que fue creado en la sombra y, después de un largo camino, aprende por fin a vivir bajo la luz.

Y por primera vez, sin hambre, sin miedo y sin rencor, respiré. De verdad.

Fin